1. Naturaleza y concepto de sociedad. Fisiología de la interacción social.- 2. Sociedad y sexualidad.- 3. Sociedades animales y sociedad humana. La capacidad de abstracción.- 4. Individuo y sociedad.- 5. Naturaleza y concepto de cultura.- 6. La cultura y "las" culturas.- 7. Premisas básicas sobre los términos sociedad y cultura.- 8. Cultura y civilización.- 9. El medio ambiente y la cultura.- 10. La destrucción del ambiente natural.

1. Naturaleza y concepto de sociedad. Fisiología de la interacción social

A pesar de su importancia, no hay entre los sociólogos un claro acuerdo sobre el significado del término. Como ha escrito Gladys Bryson: "En la larga historia que se ocupa de la vida de los seres humanos reunidos en grupo, quizá ninguna palabra tenga menos precisión en el uso que el término *sociedad*". Por su parte, Ely Chinoy señala que: "En su uso más general, la sociedad se refiere meramente al hecho básico de la asociación humana", pero no sugiere una definición que pudiera ser aceptada por todos los sociólogos, pues piensa que nada se ganaría agregando una definición más al conjunto ya imponente de alternativas. En vez de ello –dice– es preferible llevar adelante el análisis de los diversos significados que se atribuyen al término y examinando los usos que se le dan. En una posición semejante, Pitirim Sorokin prefiere referirse a la estructura genérica de los fenómenos socioculturales, la cual –explica–: "nos ofrece tres aspectos inseparables, a saber: 1) la *personalidad* como sujeto de la interacción; 2) la *sociedad* como la totalidad de las personalidades en interacción, más sus relaciones y procesos socioculturales, y 3) la *cultura* como la totalidad de las significaciones, valores y normas poseídos por las personas en interacción, y la totalidad de los vehículos que objetivan, socializan y transmiten estas significaciones".

Comúnmente se entiende por sociedad un conjunto de personas que vive como entidad organizada en un territorio determinado, que se rige por ciertas normas de vida, que tienen una lengua común, los mismos problemas, las mismas expectativas, que posee conciencia de grupo y cuyos miembros cooperan en la realización de varios de sus intereses, entre los que figuran de modo invariable su mantenimiento y preser-

vación. Con estos o similares enunciados se señalan y especifican los caracteres y cualidades de la sociedad.

No obstante, todos estos atributos distan de referirse al significado fundamental de la sociedad. En primer lugar, la sociedad es la única forma posible de supervivencia para los individuos de determinadas especies. En segundo lugar, no es atributo exclusivo de la especie humana. Como es evidente, existen sociedades de animales perfectamente organizadas y jerarquizadas –entre las cuales hay grupos que, como en la sociedad humana, conforman unidades concretas más o menos cerradas– que se desplazan sobre un territorio determinado y efectúan una coordinación y una división del trabajo muy efectivas, puesto que de ello depende la supervivencia de sus miembros. Y no sólo entre los vertebrados y mamíferos; las sociedades de abejas, termitas, hormigas y otros insectos alcanzan grados de complejidad social realmente asombrosos. Esto nos lleva a enfatizar en la condición esencial y a la vez común a toda sociedad: la vida de cada individuo depende de la cooperación general.

Si bien esto es evidente, ¿qué mecanismos llevan a los individuos de una determinada especie a juntarse en sociedad? En las especies biosociales de microorganismos, así como de vegetales y animales inferiores (insectos) es lo que llamaremos mecanismo de *astricción social*, producto inmediato de la evolución biológica. En los animales superiores –vertebrados y mamíferos– es el *psiquismo* que se transforma finalmente en *interacción recíproca* lo que permite la sociabilidad.

La fuerza de *astricción social* es de orden material, biológico, primario, y se manifiesta aún en los seres carentes de sistema nervioso y de verdadero comportamiento, los cuales sólo están dotados de tropismos elementales, como es el caso de las colonias de algas, hongos, líquenes y bacterias. En el caso de los animales, la *apetencia social*, como la llama Wheeler, depende de un estado biológico que hace que el animal gregario requiera de la presencia de otros individuos de su misma especie para poder vivir o, mejor, para ayudarse a vivir.

Hay que tener siempre en cuenta que existen muchas especies de animales que no son sociales. Para el animal solitario no es imprescindible la presencia de los demás animales de su especie, salvo para la reproducción.

En este sentido, la *socialidad* es una forma de adaptación evolutiva de determinadas especies al medio en que viven, influye sobre la propia fisiología de los individuos y surge de dos órdenes de fenómenos: 1) de la modificación del medio bajo el efecto de la superpoblación, o sea del

efecto de masa como le llama Chauchard y 2) por el *efecto de grupo*, esto es, por la influencia recíproca en los estímulos sensoriales de los individuos. El comportamiento del animal social es diferente al del animal solitario y le permite actividades instintivas innatas –propias de las estructuras nerviosas de los individuos dotados de afinidad social–, que se manifiestan de modo permanente o sólo en determinadas condiciones, cuando el animal se vuelve gregario. Se ha demostrado experimentalmente en algunos animales que la formación de una multitud, el agrupamiento en un espacio restringido, es lo que determina la manifestación del instinto social, al mismo tiempo que la transformación morfológica. Los efectos de masa o de grupo suscitan afinidad y sensibilizan a la influencia de los demás especímenes.

Hemos dicho que la vida social influye orgánicamente sobre el individuo. En efecto, en algunas especies de invertebrados el agrupamiento modifica el sexo, como en el caso de las abejas. En los vertebrados altera el crecimiento, condiciona la actividad reproductora y, a través de diversos mecanismos, modifica la fisiología de los individuos. En los invertebrados las diferencias entre el animal social y el solitario son muy notables; se producen diferencias fisiológicas, anatómicas e instintivas muy marcadas, como la existencia de "castas" de individuos morfológica y orgánicamente diferenciados para el cumplimiento de funciones sociales determinadas, como, por ejemplo, la asexualidad de las abejas obreras y de otros insectos. Estas diferencias obedecen a dos causas, una *genética*, determinada por diversas clases de huevos, la otra *trófica*, derivada de un tratamiento distinto de huevos semejantes. Así diferenciados, los miembros de una sociedad de insectos desempeñan una tarea específica en relación con su morfología. Los ejemplos de las sociedades de abejas, hormigas y termitas son muy ilustrativos.

En las sociedades de vertebrados los individuos no sufren tales alteraciones, son muy semejantes salvo por la edad y las funciones reproductoras. Se trata de animales mucho más desarrollados en su psiquismo y más dueños de su propio comportamiento. No existen "castas" biológicamente diferenciadas sino cierta jerarquía social como consecuencia del reconocimiento del "valor social" del individuo, con el fin de asegurar el mantenimiento del grupo. Las manadas son conducidas por un macho, un *líder*, que domina y cuya superioridad se basa, en la mayoría de los casos, en las condiciones para la lucha. Es cierto que hay también grupos sin jerarquías, pero en general la jerarquía caracteriza a una sociedad más avanzada. En esta clase de sociedades, los individuos al actuar de acuerdo con sus propios instin-

tos están determinando una autorregulación que armoniza las relaciones dentro del grupo. Pero, como quiera que sea, el funcionamiento de una sociedad depende de la existencia de modelos o configuraciones de reciprocidad entre sus miembros.

De esta manera y generalizando el concepto hasta incluir dentro de él a todos los grupos de animales gregarios, podemos decir que una sociedad es el conjunto permanente de individuos relacionados por la necesidad común de satisfacer imperativos afines de supervivencia. Dicho de otro modo: las actividades necesarias para la supervivencia de la especie están repartidas entre los miembros de la sociedad. Así, pues, la sociedad viene a ser para los seres gregarios –animales y humanos– la unidad fundamental de la lucha por la supervivencia, en la que el individuo funciona con ineluctable relación al conjunto.

2. Sociedad y sexualidad

La atracción social se aproxima a otro instinto vecino pero diferente: el instinto sexual. Son estados de los centros nerviosos que se dan de manera innata y determinan todas aquellas actitudes que buscan satisfacer una necesidad, pero mientras que el instinto sexual exige el apareamiento entre seres de la misma especie y de distinto sexo, el equilibrio nervioso de las especies sociales exige el agrupamiento para la acción conjunta. Como ha observado Grassé, los procesos de atracción sexual y de astricción social son no sólo diferentes sino independientes, pero están ligados por el hecho de que son los mismos individuos los que tienen ambos instintos. En los individuos sociales la sexualidad debe desplegarse dentro del marco de la sociedad, la cual determina en ella modificaciones específicas. Las especies de animales solitarios tienen los mismos determinantes sexuales y si no tienden a formar grupos conyugales es porque para sobrevivir no les hace falta la condición social; la evolución de la especie así lo ha determinado. Esta necesidad la tienen solamente para un caso y para un fin particular: la sexualidad. En muchas circunstancias se forman congregaciones puramente sexuales que nada tienen de sociales, como por ejemplo la reunión de varios machos en torno a una hembra en celo, o las manchas de anélidos (gusanos) marinos que suben a la superficie con el fin de aparearse en las noches de luna; por cierto no por romanticismo sino porque sus épocas de apareamiento están relacionadas con los ciclos lunares. En estos casos se trata de reuniones puramente sexuales y frecuentemente, como se da entre algunos vertebrados, se suscita agresividad entre los rivales.

Ciertos aspectos de la sexualidad han desempeñado importantes funciones en la formación de sociedades y el desarrollo de la *socialidad*. Entre los primates, como lo ha explicado Zukermann, la substitución del largo receso sexual que media entre las épocas de celo por la sucesión de ciclos regulares en las hembras, acompañada de una contínua actividad sexual de los machos, hace que la sexualidad se oponga a la vida solitaria. De este modo se explica la vida del macho con su "harén", que es una forma de vida socializada. Y la existencia de sociedades más complejas con varios "harenes" entre los cinocéfalos prueba el desarrollo de un proceso complementario de apetencia social, adquirida, que permite que los machos socialmente activos vivan en común y respeten las "normas" que rigen entre las manadas. Todo hace pensar que fue ésta una de las circunstancias que favorecieron la hominización.

3. Sociedades animales y sociedad humana. La capacidad de abstracción

Al comparar las sociedades animales con la sociedad humana surgen multitud de rasgos y características que las hacen muy diferentes. No obstante, la mayoría de estas diferencias son de grado, expresadas en sus manifestaciones más significativas y específicas y cuando las reducimos a categorías básicas, resulta cada vez más difícil separarlas. Así, por ejemplo, se oye decir "el hombre es un animal racional" para diferenciarlo de los demás animales, o se señala como otra de sus cualidades humanas que posee inteligencia, que es el único animal que puede reír o que sabe que algún día tiene que morir. Todo ello es cierto, naturalmente, pero se trata de manifestaciones muy evolucionadas y diferenciadas gradualmente por la adquisición de la cultura. El razonamiento como la inteligencia se dan también en los animales, aunque es claro que en grados mucho más elementales. En cuanto a las otras características humanas mencionadas, se refieren en un grado ya tan distanciado que la comparación en nada ayuda a establecer las diferencias.

La pregunta es entonces: ¿En qué niveles de socialización se establecen las diferencias o se da la separación entre la sociedad humana y las sociedades animales? Para responder a esta pregunta establezcamos primero los niveles en los que se da la interacción social.

El primer nivel de socialización corresponde al tipo de agrupaciones denominadas *biosociales*, característico de los insectos sociales. En este

nivel los individuos realizan funciones contributivas a la nutrición, reproducción y adaptación de las colonias a su medio, y sus aptitudes individuales no pueden salirse ni modificar las pautas típicas de su especie. La sociedad es *biosocial* en el sentido en que se constituye como resultante de las características biológicas individuales que rigen el comportamiento de la colonia y, naturalmente, de la especie. La actitud de los individuos frente a las circunstancias de la realidad con las que se enfrentan no tienen otras alternativas que las señaladas genéticamente, acondicionadas por millones de años de evolución, a través de los cuales los ensayos y errores se han plasmado muy lentamente en un comportamiento automático, el que se traduce impreso en una feromona o en otros agentes bioquímicos.

El segundo nivel, al que se ha denominado *psicosocial*, se da en los vertebrados y más perfeccionado en los mamíferos. Se trata, dice Chauchard, de un nivel *sintético* en el cual el animal intenta dominar su automatismo, empieza a darse cuenta de las situaciones y a adaptarse a ellas. Esto se debe a que el animal no es ya sólo una suma de reflejos sino que posee un comienzo de individualidad. También los animales poseen memoria y en algunas especies muy desarrollada, pero la memoria animal está limitada al ámbito de las percepciones o, mejor dicho, a la yuxtaposición de las percepciones; sin embargo, constituye una gran ayuda en sus mecanismos de adaptación que cuando son eficaces son aprendidos, y sucede en varias especies. La memoria aparece como una cualidad del psiquismo pero su mecánica es indudablemente biogenética; en ella intervienen procesos eléctricos y moleculares que plasman las imágenes en ácidos nucleicos y proteínas y en este proceso desempeña importantes funciones el sistema enzimático. En este nivel el psiquismo se sitúa en dos planos, al primero se le ha denominado *analítico* y en el cual los automatismos, innatos o adquiridos por aprendizaje espontáneo bajo los efectos del medio o por aprendizaje de otros animales de su misma especie, constituyen un conjunto de posibilidades de acción que permiten al animal un comportamiento eficaz al adaptarse a las condiciones habituales de su vida, pero se presta mal todavía a las situaciones nuevas que lo llevan a efectuar a veces actitudes que parecen absurdas. El otro plano es el de la *habilidad*, una forma de inteligencia que se ha llamado *conciencia animal*, la forma elemental de pensamiento práctico. En este plano, el psiquismo ha desarrollado hasta el punto que le permite darse cuenta de las nuevas situaciones y adaptarse a ellas. A esta capacidad espontánea de reacción, especialmente desarrollada en los "jefes" de las manadas, atentos

a las variaciones de la situación, le asiste un cierto grado de memoria y mayores posibilidades de iniciativa.

Cabe señalar que cuanto más se desciende en la escala animal, los individuos reaccionan con menor eficiencia frente a las nuevas situaciones; una ligera variación en sus habituales condiciones de vida lo lleva a realizar actos inútiles. Es el desarrollo de las estructuras nerviosas lo que lleva al animal a darse cuenta y a percibir cada vez más cabalmente las situaciones. Si –como opinan algunos zoólogos y no pocos etólogos– el germen del conocimiento puede estar en la propia identidad de la constitución bioquímica y en el mimetismo, o sea en las reacciones orgánicas inconscientes, es el desarrollo de las estructuras nerviosas que lo lleva a reconocer a sus semejantes. El pez no es capaz de reconocer a otro pez, sólo reacciona en forma refleja, es el objeto en movimiento y sus propiedades físicas que lo llevan a alinearse, pero el gato, el perro o el gallo –que se enoja frente a su imagen reflejada en el espejo– alcanzan recién el reconocimiento de otros individuos de su especie. Ya el chimpancé llega a reconocer algunas imágenes fotográficas, pero es preciso llegar hasta el hombre para que aparezca el reconocimiento personal de su propia imagen, después de una lenta y característica evolución. Si bien los animales superiores ya son conscientes en gran manera, se diferencian del hombre por su insuficiencia de conciencia y habilidad.

En el tercer nivel, que llamaremos el nivel de la *abstracción*, lo que cambia cuando el hombre se eleva en la escala animal no son los procesos reflejos, que dependen del trayecto inscrito en el sistema nervioso de modo innato o adquirido, sino la integración de este mecanismo al conjunto del psiquismo, es decir, su asimilación consciente. Se agrega un notable acrecentamiento de la memoria y la facultad de evocar hechos que de alguna manera se relacionan con la situación o con las imágenes percibidas, lo mismo que el aumento de la capacidad de reacción y de iniciativa; esto ya en el hombre primitivo, con seguridad en el *Homo erectus*. En nuestra especie todas estas facultades se han incrementado enormemente con el desarrollo del lenguaje, es decir, de una nueva estructura cognitiva a través de los símbolos. Comparado con los demás animales, el hombre no sólo vive una realidad más amplia sino, por decirlo así, una nueva dimensión de la realidad. El desarrollo por medio de la toma de conciencia y la factibilidad de transmitir ese progreso es lo que separa a la humanidad de la animalidad.

La etapa más importante en el proceso de socialización es la crianza de los pequeños, nexo fundamental de la cohesión familiar. Con-

trariamente a lo que se cree, el hombre no nace con los atributos humanos, éstos se aprenden en el proceso de socialización o endoculturación, como veremos más adelante. Con lo que nacemos es con un complejo potencial de seres humanos para luego aprender a convertirnos en tales. El hombre es humano en virtud de sus caracteres físicos, sociales y culturales y en el transcurso de la evolución los tres se han desarrollado juntos. Los rasgos biológicos y las características del organismo están determinados en gran parte por las condiciones de la vida social y del estímulo cultural a que están sujetos esos factores potenciales. Lo que siempre se ha tomado por naturaleza humana es, en realidad, un comportamiento condicionado. La naturaleza humana consiste en que los factores potenciales originales (biológicos) sujetos al desarrollo del ambiente social y cultural, nos dan como resultado un ser humano tal y conforme lo determinan los *patrones culturales* que prevalecen en el grupo social.

Entre todos los animales, el hombre es el que nace más desvalido y el que más tiempo necesita de los cuidados de la madre o de cualquier ser humano capacitado para cuidar al niño, resolverle sus necesidades vitales y ofrecerle amor. Según lo ha demostrado Ashley Montagú, el amor es imprescindible para la supervivencia de los infantes. Mientras en los animales inferiores en tanto más elementales sean, en los insectos por ejemplo, los individuos después de nacer no requieren de atención alguna para que puedan seguir viviendo, en los vertebrados y sobre todo en los mamíferos, la crianza es un proceso importante que continúa la gestación fuera del claustro materno y durante la cual se prepara a los animales para la vida; el cachorro o el ternero no podrán sobevivir sin la madre que los amamanta, los abriga, los protege y les enseña los hábitos principales de su especie. En el caso del hombre, la supervivencia de los infantes sería imposible sin la ayuda de otro ser humano hasta que el niño esté en condiciones de valerse por sí mismo y, necesariamente, en el ámbito de la sociedad. En el proceso de la crianza se comunican y aprenden, se fijan y resuelven todos los estímulos para el desarrollo social del individuo. Es la etapa de la vida en que se crea el sentido de pertenencia y de relación con el mundo; en que se aprende a ser humano y, finalmente, en el que se plasman y orientan las características psicológicas y sociales.

En lo que concierne al otro aspecto fundamental de la socialización, como es la cooperación en la búsqueda de alimentos y, de manera general, en la satisfacción de las necesidades básicas, es un hecho que la evolución y el organismo están dirigidos hacia la madurez y el perfec-

cionamiento en términos de esta cooperación. Una necesidad básica puede definirse como la exigencia fisiológica que debe satisfacerse para que el individuo pueda sobrevivir. Y se ha llegado al acuerdo en cuanto a las necesidades básicas esenciales, a saber: 1) la necesidad de oxígeno, 2) la satisfacción del hambre y la sed, 3) la necesidad de eliminar la orina y los excrementos, 4) la necesidad de dormir y descansar, 5) la necesidad de actividad, 6) la necesidad de evadir el dolor y el sufrimiento y 7) la necesidad de satisfacer la apetencia sexual. Pero los animales también resuelven estas necesidades, la diferencia está en que el hombre las resuelve cada vez con mayor eficacia, lo que significa una mejor adaptación al medio e, incluso, su modificación, para lo cual tiene que fabricar objetos y desarrollar habilidades que son producto de su conducta ya exclusivamente humana; objetos y habilidades que se convierten a su vez en elementos necesarios y esenciales. Aparecen entonces otras necesidades, las necesidades sociales, que son las que determinan la producción, como veremos en otro capítulo.

La capacidad de abstracción

Lo que ha hecho posible el ascenso del hombre hasta el tercer nivel y la separación de la animalidad puede comprenderse en dos órdenes de circunstancias: cuantitativo y cualitativo. En el orden cuantitativo ha sido el aumento de las características del psiquismo, la toma de conciencia, el acrecentamiento de la memoria, el aumento de la iniciativa, la mayor sensibilidad frente al mundo circundante por la amplitud de los sentidos, etc. En el orden cualitativo ha sido la transformación de las imágenes y las percepciones en señales, signos y símbolos capaces de ser organizados mentalmente para representar la realidad y, lo que es más, de transmitirla representada a los otros miembros de la especie; es decir, la capacidad de *abstracción*.

La *capacidad de abstracción* es la operación mental mediante la cual se representa y considera separadamente en el pensamiento lo que no está separado ni es siquiera separable en la realidad física del mundo, como son las propiedades de los objetos y las nociones de los actos y las vivencias. La abstracción empieza con la conciencia de la semejanza y la diferencia, distinguiendo el carácter común de los objetos y sus cualidades diferenciales para considerar separadamente a un objeto de todo lo demás y diferenciarlo en su esencia o noción. Mediante los símbolos del lenguaje, como representaciones mentales, las cosas y las

situaciones, las sensaciones y percepciones, se tornan pensables y transmisibles. La abstracción es la esencia y la base de la cultura.

4. Individuo y sociedad

La sociedad está compuesta por individuos, pero es mucho más que el conjunto de individuos. Como dice Durkheim: "La sociedad es una realidad *sui generis*, tiene sus propias características, que no se encuentran en todas partes y que tampoco se encuentran en la misma forma en el resto del universo..." La naturaleza y las manifestaciones de la sociedad tienen un contenido distinto a las manifestaciones y representaciones puramente individuales y significan mucho más que éstas. Y es que a la naturaleza de cada uno de los individuos que viven en sociedad se agrega la naturaleza de los demás, no sólo de los que conviven con él sino de los que han convivido antes y formado el grupo al cual pertenece.

Dice Radcliffe-Brown que todo ser humano que vive en sociedad es dos cosas a la vez: es un individuo y también una persona. Como individuo es un organismo biológico, un conjunto de muchas moléculas organizadas en una estructura compleja, dentro de la cual y durante el tiempo que persiste ocurren acciones y reacciones fisiológicas y psicológicas, procesos y cambios. Los seres humanos como individuos son objetos de estudio para fisiólogos y psicólogos. Como persona el ser humano es un complejo de relaciones sociales; es un ciudadano, un marido o una esposa, un padre o una hija, un profesor, un miembro de un sindicato, de un club, un vecino, en fin, cualquiera que sea su sexo, su rol, su oficio y sus relaciones individuales se refiere a una relación social o a un lugar en una estructura social, aunque su personalidad social cambie durante el curso de la vida. Como persona, el ser humano es objeto de estudio para el antropólogo social.

Debido al manejo colectivo del lenguaje y de todo el aparato condicionador, la sociedad moldea al individuo y le otorga su personalidad cultural, pero el individuo con sus necesidades psicológicas y sus procesos psicológicos es la última fuente y el propósito de la tradición, de la conducta, de las actividades y de las instituciones de la sociedad.

El funcionamiento de una sociedad depende de la existencia de modelos de reciprocidad entre sus miembros. El *status* personal se refiere a las posiciones dentro de las estructuras de reciprocidad y corresponde a la suma de los derechos de una persona dentro de su sociedad (véase el capítulo VII, 12: Reciprocidad y redistribución).

5. Naturaleza y concepto de cultura

Todos los días hacemos uso de la palabra *cultura* de manera tan común y ligera, tan naturalmente asumida, que nos impresiona de algún modo cuando nos enteramos de lo complejo que resulta para los antropólogos formular un concepto racional, científico y sobre todo epistemológico que logre integrar todos los aspectos y contenidos que encierra el término.

Por su importancia explicativa y por el significado que conlleva, la noción de *cultura* –como lo han expresado Kluckhon y Kroeber "es para la antropología como la noción de gravedad para la física, de enfermedad para la medicina o de evolución para la biología; es decir, la piedra fundamental alrededor de la cual se estructura el contenido de todo una ciencia, y en este caso no sólo de la antropología sino de las ciencias sociales en general. Malinowski se refiere a la cultura como "the most central problem of all social science".

El término *cultura* deriva de la palabra latina *cultura* que significa originalmente agricultura; *agriculturae* son las diversas formas de cultivar el campo, y *culto* quiere decir cultivado. Pero el término se volvió metafórico cuando se comparó el espíritu de un hombre basto con un campo sin cultivar y su educación y formación espiritual con el cultivo de ese campo. Uno de los primeros que tenemos noticia empleó el término en este sentido fue Cicerón (106-43 a.C.) en sus *Tusculanae disputationes* (Disputaciones Tusculanas, 2, 5, 13). célebre tratado filosófico moral del famoso político, orador y pensador romano. Así, pues, la palabra cultura deriva de una metáfora, y pasó con este carácter a casi todas las lenguas europeas.

Este concepto clásico de cultura, como proceso de formación espiritual, excluía las actividades utilitarias, las artes y el trabajo manual, al que despreciativamente se aplicaba el término *banausia*, juzgado propio de esclavos. En la Edad Media la cultura conservó el carácter aristocrático y contemplativo, propio del ideal clásico, pero se convirtió en instrumento principal en la preparación del hombre para sus deberes religiosos y para la vida ultramundana. El Renacimiento modificó el carácter contemplativo del ideal clásico, destacando el carácter activo de la sabiduría. Pico della Mirandola y Carlo Bovillo insistieron en que a través de la sabiduría el hombre llega a su realización total. La cultura fue entonces *sabiduría*, pero como tal estuvo reservada a unos cuantos, ya que el sabio se separaba del resto de la humanidad, tenía un carácter metafísico y moral propio y diferente de los demás hombres. La

Ilustración trató de eliminar el carácter aristocrático de la cultura, al proponer su máxima difusión por considerarla instrumento de renovación de la vida social e individual y no patrimonio de los doctos. Incluso, en España, quienes escribían con un estilo rebuscado y metafórico fueron bautizados como "culteranos" y Quevedo les llamó "culteros". Luego será la *Enciclopedia* la máxima expresión de esta tendencia.

Después la cultura pasó a significar actividades intelectuales recreativas, con las que entretenían sus ocios las personas bien educadas y de buen gusto, con el deleite del arte, de la conversación exquisita, la crítica erudita, etc., readquiriendo de alguna manera su carácter elitista, el que aún conserva. Así, es común referirse a la cultura como sinónimo de desarrollo o cualidad intelectual cultivada mediante la educación, la lectura y la preocupación especial por ciertos campos más o menos especializados del conocimiento, generalmente del arte, la historia, la literatura, los idiomas, etc., calificándose de hombre "culto" a quien los posee y que además ostenta buenos modales y urbanidad. En contraposición a ello, a la persona poco instruida y cuyos modales son rudos o vulgares se le denomina "inculto". Lo mismo sucede con los pueblos o los grupos humanos, a los cuales según su progreso o desarrollo se los califica de "cultos" o "incultos". Ningún antropólogo empleará tales calificativos porque esta distinción, aunque de uso tan frecuente, sólo representa una diferencia en las formas de comportamiento o en la asimilación de determinados aspectos del conocimiento, mas no la presencia o ausencia de cultura, ya que todos los hombres poseen un tipo de cultura, cualquiera que sea la sociedad a la que pertenecen. No obstante, como observa Mosterín, la concepción romántica, vulgar y superficial de la cultura "aún colea en las 'secciones de cultura' de los periódicos y en los ministerios y consejerías 'de cultura'", o en el Instituto Nacional de Cultura, como sucede entre nosotros.

En el campo de las ciencias sociales y particularmente en antropología, el término *cultura* se refiere a una realidad mucho más amplia, susceptible de ser racionalmente comprendida y sistemáticamente analizada. No obstante, desde que se introdujo el término en el campo de la antropología para significar prácticamente todas las formas de la vida social, ha adquirido diversos significados que reflejan las diversas concepciones sobre la evolución humana, los diferentes focos de interés (la información, la sociedad, el conocimiento, el comportamiento, etc.), así como distintos supuestos epistemológicos. Kroeber y Kluckhon han hecho un recuento histórico y un análisis crítico de 161 definiciones a

cual más válida de lo que antropólogos, sociólogos, filósofos e historiadores han designado con la palabra *cultura*.

Ya a mediados del siglo pasado el historiador alemán Gustav Klemm enunció el concepto moderno de cultura en los siguientes términos: "Todas las costumbres, información, oficios, vida doméstica y pública, en la paz y en la guerra, religión, ciencia y arte... según se manifiestan en la transmisión de las experiencias de las épocas pasadas y en las nuevas generaciones". En 1871, sir Edward Burnett Tylor, fundador de la antropología académica, contribuyó a establecer la importancia de este concepto con su definición de cultura como: "las aptitudes y los hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad. La condición de la cultura en las diversas sociedades de la humanidad, en la medida en que puede ser investigada según principios generales, constituye un tema apto para el estudio de las leyes del pensamiento y la acción humanas".

Melville Herkovits ha caracterizado la cultura como algo que puede ser aprendido, estructurado, que es divisible en diversos aspectos, que es algo dinámico y variable y que emerge de todos los componentes de la existencia humana. Clyde Kluckhon define la cultura como: "todos los modelos de vida históricamente creados, explícitos e implícitos, racionales, irracionales y no racionales, que existen en cualquier tiempo determinado como guías potenciales del comportamiento de los hombres".

Y así como estos conceptos de tan insignes representantes de la ciencia antropológica, pese al énfasis que pueden poner en determinados aspectos o instituciones fundamentales de la vida social humana, para los antropólogos, sociólogos, psicólogos, historiadores y otros científicos sociales, la palabra *cultura* comprende todas las formas de comportamiento social creadas o adquiridas, que incluye los modelos pautados de pensar, de sentir, de actuar y de creer de los grupos humanos, es decir, la manera total de vivir de las sociedades y de cómo éstas se adaptan al medio en que viven y de alguna manera logran transformarlo. En todo caso, y cualesquiera que sean las definiciones, en todas ellas se mencionará necesariamente que la cultura es un fenómeno social, es decir, algo más que un fenómeno biológico que no se transmite genéticamente sino que se aprende a través de los mecanismos sociales de información y aprendizaje.

Estas características han llevado a algunos antropólogos a afirmar que la cultura es un fenómeno exclusivamente humano, cuya existencia es ajena a las demás especies animales, aun sociales. Esto, sin embargo, puede ser desvirtuado por la observación de modelos de

comportamiento transmitidos socialmente, aunque en forma rudimentaria, entre diversas especies de animales, sobre todo entre los primates no humanos. La cuestión, como en el caso de la sociedad, embarga un problema de separación de orden cuantitativo menos tajante que el deslinde cualitativo al que nos ha inclinado nuestra natural antropía.

Por otra parte, llama la atención que el concepto de cultura haya sido generalmente ignorado por la antropología social británica. Si bien es cierto que existen, como lo advierte Singer, un número de coincidencias y semejanzas entre la teoría de las pautas –tal como la han desarrollado otros antropólogos, en particular en los Estados Unidos– y la conceptualización de integración estructural de los británicos, y pese a que Malinowski, una de las figuras más influyentes en el desarrollo de la antropología moderna, formuló *Una teoría científica de la cultura* (1944), éstos raramente se han preocupado del concepto de cultura. Algunos antropólogos británicos han considerado explícitamente que el concepto de cultura resulta demasiado extensivo para designar provechosamente un campo específico que tenga que ser sistemáticamente estudiado y correspondería más bien a lo que denominan *el proceso de la vida social*, que consiste en una inmensa multitud de acciones e interacciones de los seres humanos, actuando individualmente o en grupos. Al respecto manifiesta Radcliffe-Brown: "Los antropólogos entienden la palabra cultura en muchos sentidos diferentes. Creo que algunos la utilizan como equivalente a lo que yo llamo forma de vida social".

Cultura y sociedad

Cultura y sociedad, como quiera que se las entiende o defina, son categorías indesligables. La cultura no puede ser comprendida sin el entendimiento de la estructura socioeconómica con la que forma unidad. El binomio cultura-sociedad expresa la relación entre contenido y continente de los fenómenos humanos. Es un hecho que todos los seres humanos pertenecemos a una especie animal, y el hombre como organismo debe existir bajo condiciones tales que no solamente le aseguren su supervivencia sino que le permitan un metabolismo normal y saludable. El hombre, como individuo y por su propia evolución, no puede satisfacer él solo estas necesidades, y como ya lo dijimos al hablar de la sociedad, tiene que hacerlo junto con los demás individuos de su especie, es imposible que pueda sobrevivir aislado de los demás, y para ello todos se valen tanto de los mecanismos de interacción como

del conjunto de recursos acumulados que constituyen la cultura. Es por eso que, como afirma Malinowski, la naturaleza biológica del hombre impone un cierto determinismo sobre todas las formas de conducta, hasta la más organizada y compleja. La cultura como resultado de la interacción entre los hombres, o entre los grupos sociales y la naturaleza exterior, es también el conjunto de los productos de la actividad social que denota la especificidad de un grupo humano. Es entonces cuando se objetiva y nos referimos a "una cultura" concreta que existe o que ha existido en determinado tiempo y en determinado espacio. No obstante y pese a ser categorías indesligables los conceptos de cultura y sociedad son diferentes.

Al respecto resulta interesante la opinión del antropólogo británico Raymond Firth, quien ha hecho numerosos aportes en el campo de la antropología social. "Para mí –dice Firth– los conceptos de cultura y sociedad son absolutamente distintos. Si bien se acepta la sociedad como un agregado de relaciones sociales, entonces la cultura es el contenido de dichas relaciones. El término 'sociedad' hace hincapié en el agregado de individuos y las relaciones entre ellos. El término 'cultura' hace hincapié en el componente de los recursos acumulados, materiales, así como inmateriales, que las personas heredan utilizan, transforman, aumentan y transmiten".

Así, la existencia humana en comparación con las condiciones de la existencia animal –en las que, como hemos dicho, se reconocen formas rudimentarias de cultura– se distingue por su carácter histórico y social: la particularidad del modo de vida humano es su actividad conscientemente laboriosa. La diferencia esencial entre las relaciones del organismo animal con el medio y las del hombre con el mundo exterior, radica en que el ser humano no sólo se adapta al medio sino que, sobre la base del conocimiento de las leyes objetivas que determinan el desarrollo del medio ambiente, lo modifica con arreglo a sus necesidades. Es cierto que también el animal modifica la naturaleza exterior y los cambios –debido a la interacción de su organismo con el medio– repercuten sobre ellos mismos; pero se trata de modificaciones limitadas, muy restringidas y con resultados fortuitos.

¿Qué clase de realidad es la cultura?

Al especificar que es algo más que un fenómeno biológico, que no se transmite genéticamente sino que se aprende socialmente y se con-

figura históricamente, los antropólogos y demás científicos sociales han circunscrito las características cualitativas de la especie humana a la cultura como a un todo observable, muy amplio, es cierto, pero susceptible de ser analizado en su integridad o en sus diversos aspectos. No obstante, en el plano epistemológico, acerca de la naturaleza de la cultura se plantea una pregunta fundamental: ¿Qué clase de realidad posee la cultura? A esta pregunta se han ofrecido algunas respuestas que pueden agruparse en tres enfoques distintos: uno denominado *superorgánico*, otro *conceptualista* y otro *realista*.

Según el enfoque *superorgánico*, la cultura es una superrealidad que existe por encima y más allá de sus portadores individuales y establece sus propias leyes. Según el criterio *conceptualista*, la cultura no es una entidad *per se* sino un concepto que usan los científicos sociales para unificar conceptualmente una gran variedad de hechos que de otro modo permanecerían separados y no podrían ser relacionados y discernibles. Y según el criterio *realista* la cultura es tanto un concepto como una realidad empírica; es un concepto porque es la principal teoría explicativa del objeto fundamental de la ciencia antropológica, y es una entidad empírica porque el concepto está reflejando la forma en que realmente están organizados ciertos fenómenos que se agrupan bajo su contenido. Partiendo del hecho de que la cultura es algo observable, comprensible y analizable, es decir, una *abstracción construida* sobre la base de la observación de la conducta, el historiador Philip Bagby eliminó de una vez por todas la cuestión de la realidad de la cultura.

Pero no se debe confundir la teoría sostenida por algunos antropólogos sobre que la cultura es superorgánica, o sea una superrealidad, con el hecho universalmente aceptado de que la cultura es *supraorgánica*, es decir, que no está *directa e inmediatamente sujeta*, como tal, a las leyes biológicas. Tampoco esto quiere decir que no esté referida ni afectada por la naturaleza biológica de nuestra especie, ni por la herencia genética de los individuos. Los fenómenos culturales no son consecuencias de la sola y caprichosa inventiva de los seres humanos o del simple aprendizaje, sino que están determinados, en última instancia, por las necesidades biológicas, sociales y espirituales del hombre y por las posibilidades de satisfacerlas.

¿Existe cultura animal?

La noción de cultura ha sido tradicionalmente el criterio por excelencia para especificar y deslindar la condición humana, pero la observación de determinadas formas de comportamiento aprendidas por diversas especies de animales, sobre todo entre los primates no humanos, amplía efectivamente las fronteras de la cultura más allá de nuestra antropía. El aprendizaje es la adquisición de nuevas capacidades e información no proporcionadas por el genotipo o, como explica W.H. Thorpe, "el proceso que se manifiesta por el cambio adaptativo en el comportamiento individual como resultado de la experiencia", y en el comportamiento manipulativo, constructivo, de arreglo, de bienestar y hasta de complementación homeostática de los animales, se entremezclan constituyentes innatos con actos aprendidos. Por lo cual, antropólogos, biólogos, etólogos y otros científicos e incluso filósofos, están de acuerdo en la existencia de la cultura entre animales no humanos.

Aparte del uso de herramientas por muchas especies de animales (aves y mamíferos), la existencia de cultura está bien documentada en muchos animales superiores. Uno de los casos de comunicación cultural más espectaculares es el de las ballenas yubartas (*Megaptera novaeangliae*), estudiado por Guinee y Payne. Estos mamíferos, durante la época de apareamiento, entonan cantos largos y complejos con diferentes temas que riman entre sí para atraer a las hembras. Los cantos varían de año en año, sin embargo, si la mayoría de los machos de una población oceánica de yubartas introducen modificaciones o si un macho agrega nuevas florituras, los demás aprenden las nuevas variaciones y cantan el canto de moda; lo que resulta asombroso es cómo aprenden el canto de moda a través de tan grandes distancias.

Como dice el filósofo español Jesús Mosterín, los animales mejor dotados para la cultura somos los primates, especialmente los catarrinos. De él tomamos los siguientes ejemplos: Los langures de la India han tenido que adaptarse a la progresiva desaparición de sus hábitats originales, cambiando sus hábitos alimenticios y modificando sus recursos, han aprendido a cavar con las manos en los terrenos recién cultivados para sacar las patatas y coliflores. Los macacos (*Macaca fuscata*) de las islas del sudeste del Japón han sido cuidadosamente observados por los etólogos japoneses durante varias generaciones y han observado muchas costumbres aprendidas, que evidentemente son culturales. Por ejemplo, los macacos de Jigokunani, al caerse uno de ellos a una

poza de agua termal, descubrió, adquirió y transmitió el gusto por los baños termales, estableciéndose desde entonces la costumbre social del baño colectivo.

En la isla de Koshima vivía una población de macacos a quienes los investigadores les echaban batatas a la playa, las que se llenaban de arena y resultaban trabajosamente comestibles. A una hembra se le ocurrió lavar las batatas en un arroyo de agua dulce, lo cual pronto fue imitado por los otros monos. Esta misma hembra, llamada Imo, probó lavar las batatas en agua salada del mar, encontrándolas así más sabrosas, también en esto la imitaron, poco a poco, sus demás conespecímenes. Después los etólogos empezaron a echarles trigo a la arena de la playa, que algunos macacos trataban de recoger grano a grano, pero el procedimiento resultaba lento y muy trabajoso; otra vez Imo tuvo la genial idea de recoger puñados de arena con trigo para llevarlos al agua de mar y soltarlos, dejando así flotar el trigo cuyos granos recogía y comía fácilmente. También la actitud de Imo fue pronto imitada por los otros macacos.

Después los etólogos redujeron considerablemente la cantidad de alimento que les arrojaban a los monos: las pocas batatas y trigo disponibles fueron monopolizadas por el clan dominante de macacos al que había pertenecido Imo. Sólo los jóvenes aprendieron la cultura técnica de Imo. Al reanudar los etólogos sus entregas más abundantes, sólo los macacos del clan de Imo sabían cómo aprovecharse de ellas, según las investigaciones realizadas por Toshisada Nishida y otros etólogos de la Universidad de Boston.

La cultura como información

Para Mosterín "la cultura es la información transmitida entre animales de la misma especie por aprendizaje social". Luego explica: "La cultura no es un fenómeno exclusivamente humano, sino que está bien documentada en muchas especies de animales superiores no humanos. Y el criterio para decidir hasta qué punto cierta pauta de comportamiento es natural o cultural no tiene nada que ver con el nivel de complejidad o de importancia de dicha conducta, sino sólo con el modo como se transmite la información pertinente a su ejecución". En cuanto a las correspondencias y diferencias entre *natura* y *cultura* dice Mosterín que tanto la natura como la cultura son información recibida de los demás, pero la cultura se opone a la natura como lo aprendido o

adquirido de los otros se opone a lo genéticamente heredado. "Por naturaleza –explica– tenemos pelo y nuestro pelo es de tal color. Por cultura nos lo cortamos, peinamos o teñimos. Quien se queda calvo pierde el pelo por naturaleza. El monje budista o el *punk* o el *skinhead* que se tonsuran la cabeza pierden su pelo culturalmente. Por naturaleza somos capaces de hablar (en general) y por cultura somos capaces de hablar (precisamente) en francés". De esta manera, hablando de seres vivos, natura es información transmitida genéticamente, cultura es información transmitida no genéticamente sino por aprendizaje social.

Uno de los más notables representantes de esta posición conceptual que pone énfasis en la *información* como condición esencial de la cultura, es seguramente John Bonner, quien escribe: "Por cultura entiendo la transferencia de información por medios conductuales, especialmente por el proceso de enseñar y aprender. Se usa en un sentido que contrasta con la transmisión de información genética pasada de una generación a la siguiente por la herencia directa de los genes. La información pasada de un modo cultural se acumula en forma de conocimiento y tradición, pero el énfasis de la definición estriba en el modo de transmisión de la información más bien que en su resultado".

Ahora bien, si la cultura no es un fenómeno exclusivamente humano, puesto que es también facultad de los animales superiores, en particular de los primates no humanos, queda siempre la pregunta primordial: ¿Qué atributo o atributos culturales distinguen específicamente nuestra especie de las demás especies animales? Para Bonner como para Mosterín, es el carácter acumulativo de la cultura humana lo que constituye la diferencia principal, y es gracias al lenguaje que los "humanes" –como llama Mosterín a los miembros de nuestra especie– pueden transmitir la casi totalidad de la información que adquieren, que es tanta que ningún individuo sería capaz de asimilarla en su totalidad. En efecto, nadie podrá negar que es en el lenguaje donde radica la diferencia fundamental entre la "humanidad" y la "animalidad", sólo que para nosotros esta diferencia se explicita más claramente en un producto del lenguaje, sin el cual no tendría sentido la condición humana misma, y ese producto del lenguaje es la *capacidad de abstracción* a la que nos hemos referido ya al hablar del lenguaje como de las diferencias que existen entre las sociedades animales y la sociedad humana.

Así, pues, el concepto de cultura, otra vez, resulta afectado por los más diversos y contradictorios enfoques. La cultura es entendida por los sociobiólogos Wilson y Lumsden como un proceso que se desarrolla en la evolución biológica y que caracteriza en su forma más acabada a la

especie humana. Para ambos autores, ya en el panorama de la zoología, se revelan los fenómenos culturales en forma incipiente y progresiva a través de las especies que designan como "protoculturales" en los grados I y II (el humano es el III).

Para el filósofo español Carlos París, sólo el análisis de la evolución biológica permite comprender el concepto de cultura como desarrollo y desembocadura de la vida. La cultura es un proceso que culmina en la realidad humana.

6. La cultura y "las" culturas

También se emplea el término *cultura* para referirse a determinados grupos humanos separándolos en el tiempo o en el espacio, es perfectamente válido decir que cada sociedad humana tiene su propia cultura, diferente en su totalidad, o en parte, a la de cualquier otra sociedad. Así podemos referirnos a la cultura griega como a la cultura incaica y, generalizando un tanto más, a la cultura del Renacimiento. En los dos primeros ejemplos se aplica el concepto a las formas de vida y expresiones peculiares de sociedades que han existido en distintas épocas de la historia y en diferentes lugares, en el último a las manifestaciones culturales de diversas sociedades de Occidente que en una época determinada estuvieron caracterizadas por notorias tendencias o patrones comunes. También podemos referirnos a grupos pequeños que comparten determinados modelos dentro de una cultura más amplia, como por ejemplo la cultura de los estibadores de los muelles de Nueva York o la cultura de los camioneros interprovinciales del Perú, aunque algunos autores prefieren usar para estos casos el término *subcultura*. La diversidad de las culturas de los pueblos, grupos o individuos es, como dice Ruth Benedict, no solamente el resultado de la facilidad con que las sociedades elaboran o rechazan posibles aspectos de existencia, sino que se debe también a una integración compleja, es decir, al entrecruzamiento de rasgos culturales.

Las formas finales de los modos de vida o de las instituciones se constituyen mucho más allá del impulso humano que les dio origen. De allí que, por ejemplo, las últimas formas de cultura que hemos mencionado dependen, en gran medida, del modo en que los rasgos se han ligado con otros de diferentes campos de experiencia. Esta combinación o integración de rasgos se estructura de tal manera que se convierte en una entidad a la cual se adaptan los individuos como al medio que los

rodea y condiciona. Por eso, como dice Hulse: "En cierto sentido la cultura no es sólo nuestra creación sino también nuestra creadora".

De tal manera, pues, que el término *cultura*, usado por los científicos sociales puede aplicarse válidamente a: 1) todo lo que es socialmente transmitido, incluyendo los modelos de vida o *patrones* de conducta, sistema de valores, conocimientos, creaciones y expresiones artísticas, ideológicas, instituciones, realizaciones materiales, etc., entre ellas naturalmente las técnicas para dominar el medio. Este es el concepto más general; 2) los modos de vida peculiares de una sociedad, de un grupo, o de dos o más sociedades o grupos concretos, en una o en diferentes épocas, en uno o en diferentes lugares, y 3) a formas especiales de comportamiento características de los diversos agregados, segmentos o estratos de una sociedad vasta y de organización compleja. Como ya dijimos, en este último caso, algunos prefieren emplear el término *subcultura*, pero éste se presta a veces a confusiones.

7. Premisas básicas sobre los términos sociedad y cultura

Antes de pasar al próximo tema y a riesgo de ser reiterativos debemos dejar claramente establecidas algunas premisas básicas que deben tenerse en cuenta en lo que se refiere a los conceptos de *sociedad* y *cultura*:

1. La sociedad no es condición exclusiva de la especie humana, puesto que existen sociedades de animales que tienen por objeto la misma función primordial: la supervivencia de los individuos de la especie.
2. Tampoco la cultura es exclusivamente humana, y las diferencias entre la cultura humana y las formas de cultura animal no son de orden cualitativo sino de grado, pero existe una enorme distancia entre el psiquismo animal y el pensamiento humano como resultado del lenguaje simbólico, es decir, de la capacidad de abstracción.
3. La condición social es necesariamente previa a la existencia de la cultura, ya que la cultura como resultado del aprendizaje y de la acumulación de información es consecuencia de la interacción social.
4. La *antropía*, esto es, la cualidad de ser humano, es aprendida. Si bien el hombre, por evolución biológica está acondicionado para ser humano, no nace humano. Aprende a serlo en el seno de la sociedad y la familia.

5. Así, pues, *sociedad* y *cultura* no son sinónimos. En la esfera de lo humano, una sociedad es un pueblo, un conjunto orgánico de individuos, mientras que una cultura consiste no en el grupo humano propiamente sino en sus modos de actuar, esto es, en el comportamiento social. Una sociedad es un conjunto de individuos que obra de acuerdo con su cultura. Dice G.M. Foster: "Una sociedad concreta es una cosa en marcha –funciona y se perpetúa en sí misma– porque sus miembros, aunque no se lo propongan, actúan de acuerdo en cuanto a las normas básicas para vivir juntos. La palabra 'cultura' es el resumen o síntesis de estas reglas que orientan la forma de vida de los miembros del grupo social".
6. Son las necesidades humanas, individuales y sociales, las que originan todo el dinamismo de la cultura.
7. La cultura es tanto el resultado de la interacción entre los individuos como entre los grupos humanos y la naturaleza exterior. En última instancia, la cultura es el conjunto organizado de actitudes mediante el cual las sociedades se enfrentan al medio para transformarlo y asegurar así su adaptación y la supervivencia de la especie. *Adaptación*, como en la evolución orgánica, es un concepto clave en el estudio de las formas de vida social de los seres humanos. La estabilidad de todo sistema de cultura depende, en primer lugar, de su efectividad en la adaptación, y luego, de la eficacia con que se realiza la transformación del medio que lo rodea. En otras palabras, el desarrollo de la cultura, como una espiral creadora, está señalado por una permanente dinámica de acción y reacción entre la adaptación y la transformación de la naturaleza.

8. Cultura y civilización

La palabra *civilización* ha tenido un itinerario paralelo al de cultura. También la palabra *civilización* (del latín *civilis*, propio del ciudadano) tuvo en principio carácter elitista; significaba proceso de refinamiento del individuo, con más énfasis en los convencionalismos sociales que la de cultura. De acuerdo con Kant, "llegamos a ser cultos a través del arte y de la ciencia, llegamos a ser civilizados por diversos convencionalismos sociales y refinamientos". Incluso, su utilización ha sido objeto de mayor arbitrariedad, ya que al fundamentarse el concepto de civilización en la preferencia que se otorga a ciertos valores, a determinadas formas particulares de actividad, o de experiencia humana, se privilegia a los pueblos que los poseen. De esta manera, encontramos en algunos autores la afirmación de que la única verdadera y propia forma de civilización es la del Occidente cristiano, porque sólo entre los pueblos del Occidente cristiano han gozado la religión, el arte y la ciencia del favor más relevante, salvo etapas relativamente breves. Además de esta arraigada conceptualización eurocéntrica, notables historiadores y también sociólogos emplean el concepto de civilización contraponiéndolo en cierto modo al de cultura. Por ejemplo, algunos autores alemanes identifican la civilización con el progreso material y técnico, mientras que conciben la cultura como el acervo espiritual; otros al contrario, así Barth propone limitar el término cultura a los aspectos tecnológicos, "al dominio del hombre sobre la naturaleza" y emplear el de civilización para hacer referencia a la modificación de los instintos humanos por la sociedad, "al dominio del hombre sobre sí mismo". Tönies y Alfred Weber, seguidos por los americanos McIber y Merton definían la civilización –casi exactamente al contrario– como "un cuerpo de conocimientos prácticos e intelectuales y de una colección de medios técnicos para controlar la naturaleza", mientras a la cultura le asignaban "la configuración de valores y de principios ideales normativos". Así, pues, la inexactitud y arbitrariedad en el empleo de ambos términos han dado lugar a graves errores e imprecisiones en el estudio y la concepción del desarrollo de las sociedades humanas, hasta en autores tan conspicuos como Spengler, Toynbee, Alfred Weber, Merton, McIber, entre otros. En el vocabulario de Spengler la palabra *civilización* tiene sentido de consumación, es el epílogo de la cultura, la rigidez que sucede a la capacidad creadora, la muerte que sigue a la vida.

Si, como ya lo hemos expresado reiteradas veces, usamos apropiadamente la noción de cultura para referirnos a todas las formas de la vida social, civilización vendrá a ser entonces un aspecto, una forma o un período de la cultura. En efecto, el empleo antropológico del término *civilización* se refiere al estadio o etapa de la cultura que alcanzan algunas sociedades en su desarrollo histórico con la aparición de la ciudad. En términos muy concretos se define *civilización* como *la cultura urbanizada*. El concepto se refiere, pues, a un grado complejo de relaciones sociales y al adelanto que traen consigo la especialización del trabajo, la organización social y política y demás condiciones de la vida urbana, esto es, la cultura de las ciudades.

Todos sabemos lo que es una ciudad, y podríamos referirnos a la ciudad como al lugar de considerables dimensiones donde se congrega

una población relativamente densa de modo más o menos permanente, en donde se realiza la vida social y familiar usual, y se llevan a cabo ocupaciones y actividades económicas. Pero una aldea grande podría también acogerse a esta definición; sin embargo, son formas de asentamiento substancialmente diferentes (véase capítulo VII: 8 Aldeas y ciudades). Lo significativo de la ciudad no es tanto su tamaño o el número de personas que habitan en ella, no se podría establecer el límite para llamarla ciudad y no aldea. El carácter realmente urbano de un asentamiento humano radica en dos condiciones esenciales: 1) En la ciudad no se produce alimentos y 2) La ciudad es un asentamiento planificado y ordenado en función del control social, económico, ideológico y político de la colectividad.

El hecho de que en la ciudad no se produzcan alimentos significa que sus habitantes dedican su tiempo a otras ocupaciones, es decir, a la especialización en distintos campos de actividad social, como son el gobierno, el culto y la religión, la producción de útiles y otros bienes, el arte, el intercambio y la redistribución de bienes, etc., lo cual determina un mayor grado de complejidad de la cultura. Todo esto requiere, naturalmente, de un soporte campesino de producción de alimentos que garantice su estabilidad. Las ciudades, puesto que con ellas se origina la civilización, le confieren sus características: una producción de excedentes capaz de sustentar a una población orgánicamente establecida; un sistema de control y de redistribución de los excedentes; una estructura social marcadamente estratificada y un sistema político centralizado que no es otro que el Estado. Así, la ciudad es un fenómeno paralelo y concomitante al Estado: donde hay ciudad hay Estado, y ambos caracterizan a la civilización. Pero, si bien la ciudad es condición necesaria para que una cultura alcance el nivel de civilización, hay que aclarar que las civilizaciones tienen, de hecho, sus comienzos antes de que aparezcan las ciudades (es así que se utiliza la denominación de "civilizaciones primitivas"), pero las ciudades tienen que aparecer en sus últimas etapas, de lo contrario no les podríamos llamar civilizaciones.

Gordon Childe considera como características de la civilización, además de las ciudades y las grandes poblaciones, la existencia de jerarquías y divisiones sociales internas, el conocimiento de la escritura, el desarrollo de las matemáticas, las artes, las ciencias y la vida política. Este es un ejemplo de cómo en el concepto de civilización están implícitos las instituciones, descubrimientos o modelos culturales con los que un autor califica la cualidad de civilización. Estamos de acuerdo con el insigne arqueólogo y prehistoriador inglés en que las ciudades, las

grandes poblaciones, la existencia de jerarquías y divisiones sociales internas y las instituciones caracterizan a la civilización, lo mismo puede decirse de las manifestaciones artísticas y de la vida política, no así de las matemáticas ni de la escritura, que son indudablemente creaciones culturales de las más significativas y trascendentales de las civilizaciones del Viejo Mundo. No obstante, ni la escritura ni las matemáticas, ni la economía monetaria y de mercado fueron desarrolladas en América, al menos en la forma que tuvieron en el Viejo Mundo, pese a que algunos historiadores siguen empeñados en encontrarlas. Esto no significa, por cierto, que las civilizaciones mesoamericana y andina no alcanzaron el nivel de civilización. La verdad es que ni la escritura, ni la economía de mercado, ni la moneda, ni las matemáticas, en la forma en que se desarrollaron en el Viejo Mundo, son requisitos indispensables para el desarrollo de toda civilización. Son sistemas sobre los que se ha desplegado la civilización occidental, tomándolos y adecuándolos de otras civilizaciones, y es cierto que le han traído muchas ventajas, pero no se agota en ellos la inventiva humana. Hay muchos otros mecanismos que permiten alcanzar a las sociedades complejos grados de cultura, como fueron las originales y eficaces formas de organización social andina. Su preocupación y cuidado en la transmisión de ideas y conceptos combinada o integrada a otros sistemas de cuenta y de registro, incluso sus formas de ritual, les permitieron también el desarrollo de tecnologías como la hidráulica, la agrícola, la textil o la metalúrgica, tan funcionales e ingeniosas que no tienen parangón en el mundo antiguo.

Comúnmente las ciudades se han desarrollado a partir de un núcleo poblacional originario, determinado por las características ambientales de la región donde están o han estado asentadas y configuradas por el grado de progreso tecnológico de sus pobladores. Con el tiempo han crecido y se han adecuado a las exigencias de su población y a la interacción dialéctica con su entorno, tanto natural como humano. El desarrollo de las ciudades tiende a ser una ampliación del esquema inicial del poblamiento (villorrio o aldea) y, por lo general, el punto de partida ha sido un centro religioso. Pero el desarrollo de la civilización supone una ruptura con el pasado, en términos reales una revolución. Y este fenómeno fue resultado de dos factores determinantes: el aumento de la densidad poblacional y el cambio en el modo de subsistencia. A este cambio trascendental y revolucionario en el desarrollo de la humanidad se le ha denominado "revolución neolítica", la cual significa que de consumidor –cazador, pescador o recolector– el hombre se convirtió en productor de sus propias fuentes de alimentos, mediante el

los 21 ríos de Taiwan, paradigma del crecimiento económico –señala Gómez– 19 se han convertido en alcantarillado de las industrias; lo mismo sucede con los de Shangai, y con los de Cataluña y el País Vasco, en España, y el Guadalquivir, dentro de cuarenta años, será un cauce seco, opina el físico español Ruiz de Elvira.

La basura, los desechos tóxicos, los hidrocarburos, la lluvia ácida y los residuos orgánicos están acabando con los lagos. El lago Erie, uno de los más grandes de América del Norte, ya ha sido envenenado, y lo mismo ha sucedido en el África con el lago Chad, que está por desaparecer, mientras que el lago Aral de la ex Unión Soviética se ha convertido en desierto. La intervención del hombre –puntualiza Gómez Marmanilla– ha roto el equilibrio ecológico de las más grandes fuentes de recursos ictiológicos del Asia central.

El programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente anuncia que los desiertos de la Tierra –ocho millones de kilómetros cuadrados– podrían triplicarse en una década, pues todos los cambios ecológicos conducen a la desertificación. El Sahara crece a razón de 170 hectáreas por hora y en el Sudán el desierto avanza 16 metros por día. No son los cambios climáticos los que producen la desertificación; es el afán de lucro, la explotación desmedida de los recursos, el abandono y la irresponsabilidad del hombre lo que nos está llevando a hacer de la Tierra un erial. La tala y la quema de árboles están destruyendo la Amazonía, el más grande pulmón de nuestro planeta, y se degradan cada año 20 millones de hectáreas de tierras cultivables por las irrigaciones sin drenaje, por el pastoreo excesivo, por la agricultura irracional y el sembrío de cemento.

En el Perú –según informa el director técnico de Desarrollo Forestal del Proyecto Nacional del Manejo de Cuencas Hidrográficas y Conservación de Suelos– se pierden anualmente 300 mil hectáreas de tierras debido a la creciente deforestación, especialmente en la selva, que pone en peligro la ecolología del país y que contribuye al calentamiento general de la Tierra. Señala, asimismo, que de los 75.560.500 de hectáreas de bosques de la Amazonía peruana, fueron taladas, sin la tecnología adecuada, alrededor de 8.250.000 hectáreas, para dedicarlas generalmente a la agricultura y a la ganadería, así como a la pesca y caza indiscriminadas. En las últimas etapas del período autóctono –calculan algunos investigadores– había seis veces más tierras cultivadas que ahora; en la actualidad, en la sierra, debido a la erosión de las tierras por el abandono y la irracionalidad de la agricultura se pierden un millón de toneladas de tierra fértil cada año.

LECTURA RECOMENDADA

CHAUCHARD, PAUL. *Sociedades animales, sociedad humana*. Buenos Aires: Eudeba, 1970. / CHINOY, ELY. *La sociedad: una introducción a la sociología*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983. / HARDESTY, DONALD L. *Antropología ecológica*. Barcelona: Ediciones Bellaterra, 1977. / KAHN, J.S. (comp.) *EL concepto de cultura: Textos fundamentales*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1975. / KROEBER, A.L. Y KLUCKHOHN. *Culture, a Critical Review of Concepts and Definitions*. New York: A Vintage Book, 1963. / MALINOWSKI, BRONISLAW. *Una teoría científica de la cultura*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1966. / MOSTERÍN, JESÚS. *Filosofía de la cultura*. Madrid: Alianza Editorial, 1993. / ORGANIZACIÓN DE LOS ESTADOS AMERICANOS. Programa Regional de Desarrollo Científico y Tecnológico. *Etología: el estudio biológico del comportamiento animal*. Washington, 1984. / PROGRAMA DE NACIONES UNIDAS PARA EL MEDIO AMBIENTE: Panel Internacional para el Cambio Climático. *Cambio Climático, 1996*.